

La página viva Los éxtasis de Edmund

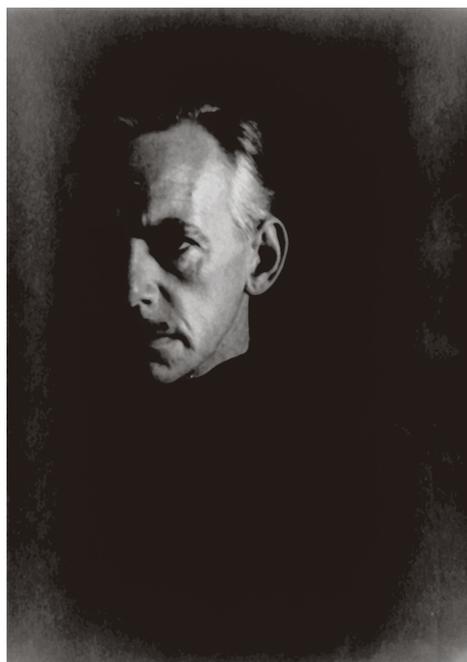
José de la Colina

[Edmund Tyrone:] *¿Quieres que te cuente mis recuerdos más vivos, todos relacionados con el mar? Escucha. Me había enrolado en la tripulación del Squarehead, íbamos a Buenos Aires y había luna llena y vientos alisios. Yo yacía en la cofa, mirando hacia la proa, y el agua se deshacía en espuma debajo de mí y los mástiles y las velas blancas, allá arriba, brillaban con la luz de la luna. Embriagado de belleza y de balanceo, me sentí extraviado, fuera de la vida. ¡Era yo libre, me disolvía en el mar, formaba parte de las blancas velas, de la blanca espuma, y me convertía en luz de luna, en un barco, en el cielo lleno de estrellas! Sintiéndome sin pasado ni futuro, me hermané con aquella paz y aquella unidad. Rebosaba de salvaje alegría, estaba más allá del mundo terrenal... ¡Estaba en la Vida, era parte de Dios, si quieres! Y eso me sucedió nuevamente cuando, navegando en la American Line, estaba en la cofa, cumpliendo con la guardia del amanecer. El mar estaba calmado, sólo se sentía el suave balanceo del barco. Los pasajeros dormían, no se veía a nadie de la tripulación y las chimeneas soltaban un humo oscuro. Desatendiendo a la guardia, libre y distante en mi soledad, empecé a ensoñar observando el ascenso de la aurora entre el mar y el cielo como enlazados en un colorido espejismo. Y entonces llegó el instante de éxtasis y libertad. ¡Era la paz, el final de la búsqueda, la dicha de sentir que has superado la ambición y los tristes deseos y los dolorosos anhelos de los hombres! Y he vuelto a sentirlo o en una playa solitaria, nadando lejos de la orilla o bien echado en la arena. Sentía que era yo parte del sol, de la cálida arena, o que flotaba como un alga mecida en el agua entre las rocas... Así deben haber sido los éxtasis de los santos. Como si una mano invisible levantara un velo y vieras nítidamente la realidad, como si la vieras durante un se-*

gundo, descubrieras su secreto y pasaras a formar parte de ese secreto. ¡Todo tiene sentido en un instante como ése! Después desciende el velo y te sientes solo, nuevamente perdido en la niebla y errando sin rumbo... ¡Por error he nacido hombre en vez de gaviota o pez, y siempre seré un extranjero sin hogar, sin esperanza y sin amor! ¡Siempre un vagabundo un poco enamorado de la muerte!

Eugene O'Neill, *Long Day's Journey into Night* (Versión de J. de la C.)

“Querida —escribió el autor del *Largo viaje de un día hacia la noche* en la dedicatoria a su esposa, la actriz Hazel Neilson Tarsin, cuyo *nom d'artiste* era Carlotta Monterey—, te ofrezco el texto original de esta obra escrita con lágrimas y sangre que me ha permitido enfrentarme con mis muertos y te-



Eugene O'Neill

ner profunda comprensión y piedad para todos los atormentados Tyrone”.

El drama autobiográfico que, en 1940, a sus cincuenta y dos años agobiados por una larga resaca del alcoholismo y por el mal de Parkinson, había escrito Eugene O'Neill (1888-1953), está a tal punto basado en su propia vida y la de su familia (en la que había un lejano apellido Tyrone), que el autor, quizás asustado de una obra llevada hacia tal sinceridad y tal lirismo que tal vez resultaría obscena, decidió que no se la representase y editase sino unos años después de su muerte. Cuando por fin ese drama de familia, intenso y desgarrador como la tragedia del rey Lear, íntimamente torturador como la novela de los hermanos Karamazov, fue primero estrenado en Estocolmo, en Milán, en Berlín y, luego en Broadway, N.Y., resultó ser la obra maestra de su autor y una de las mayores e influyentes de todo el teatro del siglo XX.

Largo viaje de un día hacia la noche pone en escena a cuatro protagonistas: al padre, James Tyrone, un gran actor degradado por la tacañería, por el alcohol y la busca del éxito fácil; a la esposa de éste, Mary Cavan de Tyrone, enferma, perdida en la nostalgia y la morfina; y a los hijos, dos fracasados: Tyrone Jr., otro dipsómano, cariñoso y a la vez resentidamente celoso de Edmund, el hermano menor; y Edmund, un muchacho brillante, tuberculoso y errabundo, un poeta frustrado en el cual el autor se autorretrata.

En esta página del acto cuarto y final de la obra, el monólogo de Edmund-Eugene se despliega entre la desesperación y una utopía, a la vez sensual y mística de la vida, en la que, según diría un poeta surrealista, “no estuvieran divorciados la realidad y el ensueño”. U